

JOSÉ A. SÁNCHEZ PASO

*La vez que John Wayne
murió en Béjar*



Alquitara Ediciones

Béjar

2012

LA VEZ QUE JOHN WAYNE ESTUVO EN BÉJAR fue en 1960. Hace ahora, por lo tanto, cincuenta años de aquello. Y no sólo estuvo, sino que murió en Béjar. Fuimos muchos los que siendo niños en aquella época pudimos contemplarlo y no lo hemos olvidado, porque fue un espectáculo verdaderamente memorable. Pero todo comenzó mucho antes. Vayamos al principio de la historia.

Todos sabemos que John Wayne vino de América, pero no me remontaré al momento en que Colón pisó La Española creyendo que era la India y había hallado un camino más corto para el comercio de las especias. No tema el lector. Abreviaremos en algo el relato. Avancemos en todo lo que fue propiamente el descubrimiento y, como si todo fuera luego uno, la conquista, la colonización y la evangelización de toda aquella gente que andaba por allí y de la que los teólogos tuvieron que dilucidar si carecían de alma, y por lo tanto eran reducibles a esclavos, o si bien teniéndola no había otra que la cristianización forzosa.

Pongámonos en la época del virreinato, en el siglo XVII, cuando las cosas de la Corona española ya tenían claro lo que tenían que hacer en el Nuevo Mundo. Vayámonos directamente, porque es lo que nos interesa y no tenemos todo el tiempo del mundo, al momento en que don Baltasar de Zúñiga y Guzmán Sotomayor y Mendoza, marqués de Valero y duque de Arión, fue nombrado virrey de Nueva España. Digamos que Nueva España se correspondía más o menos con lo que hoy es Centroamérica, Méjico y las partes bajas de los actuales Estados Unidos, que antes fueron mejicanas; de cómo alguna de ellas dejó de ser mejicana hablaremos luego.



Don Baltasar de Zúñiga, virrey de Nueva España.

Don Baltasar (abreviemos tanto apellido, o nunca llegaremos a lo de John Wayne) era hijo del duque bejarano don Juan Manuel I, pero era el segundón, por eso era marqués de Valero y no el sucesor de su padre en el ducado, cosa que solo le podía corresponder al primogénito Manuel, aquel al que le dio un arrebató de juventud y se fue a luchar contra los turcos para salvar a Occidente, donde fue tan valiente que acabó muriendo de forma legendaria, como un Garcilaso, en la ciudad de Budapest. Corrieron coplas por Madrid cuando se supo la noticia. En Béjar seguramente sea el más conocido de todos los duques, por aquella biografía que le escribió Emilio Muñoz donde le llamaba “el Buen Duque”. Y con ese apelativo se quedó. Incluso le tenemos dedicado un mirador, frente a la residencia de Mamá Margarita, no sé por qué, porque lo escaso que miró Béjar lo hizo desde un poco más arriba, y con vistas aún mejores, desde el palacio ducal. Quien sí miró por Béjar fue su viuda, que trajo luego a los flamencos. Pero eso es otra historia. Me estoy desviando. Don Baltasar no tiene ningún mirador en Béjar, pero tiene, por aquello de ser marqués de Valero, un colegio a su nombre, que tampoco está mal.

Lo que mejor se sabe en Béjar de don Baltasar, más discreto y sensato que su hermano, es que el rey Felipe V le nombró virrey de Nueva España. Llegó a la capital de los antiguos aztecas el 16 de agosto de 1716 y se instaló en el palacio de su antecesor en el cargo, el duque de Linares. Estuvo allí seis años, hasta 1722, en que el Rey le mandó llamar de nuevo a España para presidir el Consejo de Castilla. Se fue para allá soltero y soltero volvió, aunque hay leyendas de amores no correspondidos con una dama que acabó tomando los hábitos monjiles, así que en vez de mandarle construir un palacio, como solían hacer los virreyes con sus amadas, le mandó construir un convento, el de Corpus Christi, que todavía existe. Tanto existe que en el año 2004 se descubrió en el templo una urna de cristal que contenía un corazón y una fecha, 1728; por supuesto, se sospecha que sea el suyo, porque lo dejó dicho en su testamento. Recordemos aquí que en 1871, en una reforma que se estaba haciendo en el Casino Industrial, que antes había sido el convento de la Piedad, apareció también una urna de cristal, pero con un cuerpo entero de un joven galanamente vestido. Era su hermano Manuel, el que había muerto en Budapest. Pero le faltaba el corazón, que estaba y está en el monasterio de Guadalupe, donde el joven duque temerario mandó que fuera a parar. Como se ve, aquella familia era de corazón desprendido.

Seis años pasó como virrey de Nueva España, decíamos. Dejó buen sabor de boca, al parecer. Pasemos por alto su gestión y centrémonos en Tejas, que era un vasto territorio al que la Corona española le había querido meter mano varias veces pero no acababa de poner sus reales allí. Ahora toca decir que la primera expedición que se internó en sus llanuras fue la que formaron los restos de la desastrosa misión de Pánfilo de Narváez, que se fue diezmando al pisar Florida y de la que finalmente sólo sobrevivieron cuatro expedicionarios, que se pegaron un viaje de aúpa desde allí hasta California, donde por fin dieron con españoles, pasando por el camino por mil penalidades. Uno de aquellos cuatro desharrapados aventureros se llamaba Andrés Dorantes y era de buena familia bejarana. Llevaba consigo (era otro de los cuatro magníficos) a su esclavo moro, Estevanico. Así que digamos que uno de los primeros que se paseó por Tejas fue un bejarano que no sabía que dos siglos después otro bejarano iba nada menos que a gobernar todo aquello y meter en vereda a los indios que tantas perrerías le hicieron a él.



Primeros colonizadores de Texas.

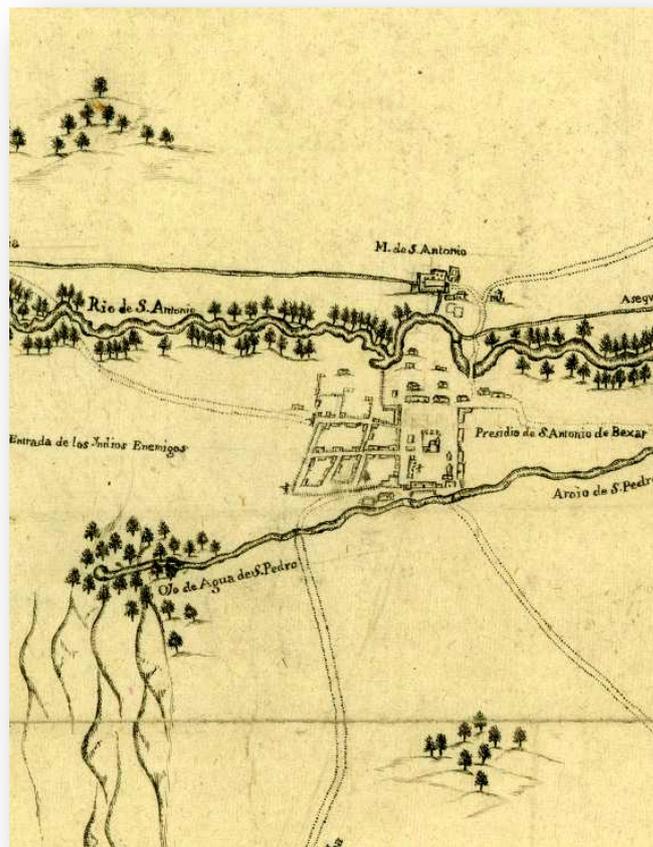
Lo que nos han contado de siempre de don Baltasar de Zúñiga es que fundó la ciudad de San Antonio, ahora una de las diez más grandes de los Estados Unidos y en la que por cierto juegan los Spurs, uno de los equipos punteros de la NBA. Y donde el mítico Robert Johnson grabó algunos de sus blues fundacionales del género que hoy triunfa en los veranos de El Castañar.

La verdad es que las cosas fueron un poco más complejas. No fue exactamente que don Baltasar se calzara las botas de montar y se metiera en aquellos peligrosos andurriales a fundar San Antonio. En realidad él lo que hizo fue mandar una expedición más para que se asentara cerca del río San Antonio, después de numerosos fracasos porque los indios los corrían a gorrazos. Pero esta vez salió bien, y por eso se recuerda. En 1718, cuando don Baltasar ya llevaba un par de años en Ciudad de Méjico, mandó para allá una expedición de soldados, colonos y frailes franciscanos, al frente de todos los cuales iba un tal Martín de Alarcón, a quien en buen razonamiento habría que adjudicarle la susodicha fundación.



Soldados y frailes en Nueva España.

Aquí, en esto de la fundación, me hago un poco de lío, porque me pierdo en las referencias de los libros que he consultado. Pero, resumiendo, digamos que el 1 de mayo de 1718 Alarcón fundó la misión franciscana de San Antonio de Valero, y en la misma semana, el 5 de mayo, fundó, atención no se lo pierdan, la Villa de Béjar y el Presidio de San Antonio de los Llanos. Donde ustedes leen “Presidio” por favor lean cuartel militar y nos entenderemos mejor. Así que tenemos un convento, una villa y un cuartel, cada uno con un nombre distinto, pero todos ellos en un palmo, porque estaban a la vista unos de otros, no más allá de un kilómetro. Podían haberle puesto el mismo nombre a todo, piensa uno.

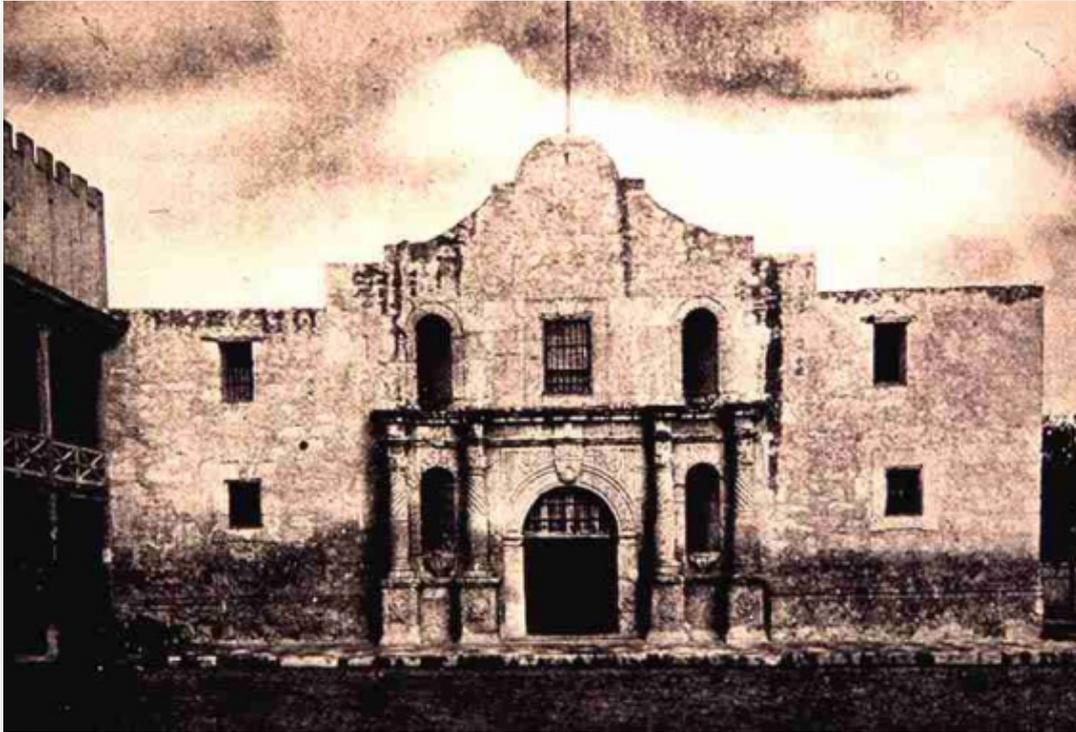


*Plano del siglo XVIII de la villa de Béjar,
con el presidio y el convento a su lado.*

En realidad, hubo sus más y sus menos para ponerle nombre a la población. Como los colonos eran mayoritariamente canarios, hubo quien quería ponerle Nueva Arrecife, pero otro quería que fuera Gran Canaria, otros preferían Santa Cruz y alguno apuntaba el sencillo y apropiado nombre de Casafuerte. Entonces apareció don Baltasar y dijo que nanay, que se llamaría “Villa de San Fernando”. ¿Y cómo es que un virrey que era de Béjar le quería poner San Fernando, que es nombre sin tradición bejarana conocida, ni en su propia familia ni en el santoral de la villa? Todo tiene explicación: a él le había nombrado virrey su pariente (lo era de verdad) Felipe V, y el hijo de éste, el príncipe de Asturias, se llamaba Fernando. Pero como le debía de picar la conciencia, don Baltasar el añadió “Villa de San Fernando de Béjar”, un híbrido que le debió de serenar el ánimo.

De ahí viene luego el lío de nombres en el que yo me pierdo, porque los estudiosos tan pronto hablan de Valero como de Béjar como de San Antonio como de San Fernando. Para remate, seis años después, en 1724, un huracán destruyó el convento, pero en vez de reconstruirlo decidieron llevarlo a otro sitio, que también estaba por allí mismo, ya

digo, a la vera. El nuevo sitio se llamaba El Álamo. Pero en cuanto crecieron un poco la villa, el convento y el presidio, todos se juntaron y los nombres se confundieron y acabó todo ello llamándose San Antonio. Bueno, no: San Antonio de Béjar. Aunque en 1791 todavía se hablaba de San Fernando, la pelea de nombres acabó con la derrota de éste. Fuere lo que fuere, lo que no corría peligro era la coletilla de “de Béjar”.

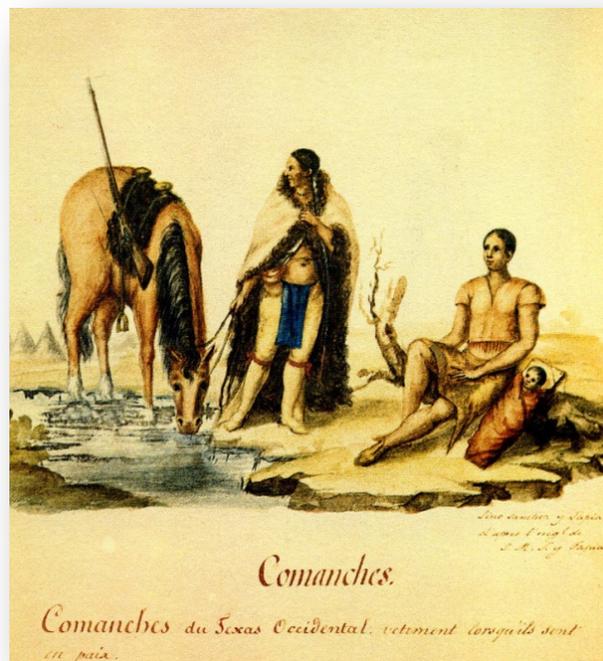


Fachada del convento franciscano de El Álamo.

De ahí en adelante podemos imaginárnoslo todo como si fuera una película del Oeste, porque los anales cuentan cómo en 1743 aparecen por allí por primera vez los comanches, aunque ya antes otros indios guerreros les habían dado para el pelo. No había año en que los sufridos colonos, soldados y frailes no recibieran la visita de los indios con ánimo de arrancarles la cabellera. Cuando no eran los comanches eran los apaches los que atacaban, y no bien se firmaba la paz con unos empezaba la guerra con otros. Así se tiraron el resto del siglo. En 1772 San Antonio de Béjar fue nombrada capital de la provincia, que adquirió el título de “ciudad” en 1811, el mismo año en que Méjico comienza su revolución para independizarse de España, que no logrará hasta 1823.



Indios apaches de la tribu de los lipanes.



Indios comanches.

Y ahí comienza otra historia, porque apenas Méjico se independiza de España cuando los tejanos comienzan a decir que ellos tampoco son mejicanos y que son una república independiente. Seguro que la película les suena cercana. La población que residía en Tejas era multicultural, venía de todas partes, pero el grupo anglosajón era potente y secesionista, así que comenzaron a dar la tabarra. Samuel Houston (hoy una ciudad de Tejas lleva su nombre, como es de rigor) estaba al frente de los secesionistas, a los que quiso someter el general mejicano Santa Anna, que se presentó en San Antonio de Béjar con un ejército de 6.500 soldados el 23 de marzo de 1836. Unos 200 irreductibles independentistas, soldados y voluntarios, comandados por William Travis y Jim Bowie, se parapetaron tras los muros del convento franciscano, incluidos los huertos y casas adyacentes, que ya dijimos que estaba en un lugar que se llamaba El Álamo. También andaba por allí un tal Davy Crocket. Lo mismo esto ya les empieza a ser conocido a los lectores. Vamos llegando a donde queríamos.

Santa Anna les dijo que se rindieran. Los de dentro dijeron que nones. El asedio duró trece días. Al final, el general mejicano dio orden de entrar a degüello y no quedó ni uno para contarlo. Fue una Numancia. O los norteamericanos lo recuerdan como los españoles recordamos Numancia: una inmolación por la patria. Anda que. La Historia está llena de ejemplos y no escarmentamos. Aquello recibió el nombre de “Batalla de El Álamo”, aunque hubo poca batalla. Pero Tejas se independizó después. Punto.



Escena de la batalla de El Álamo.

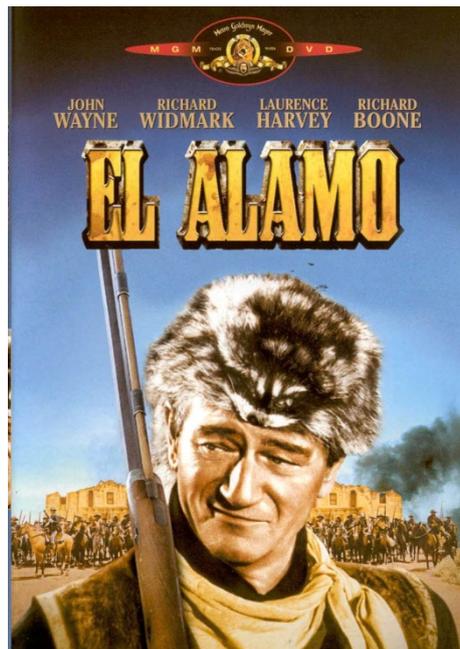
Hace ahora 50 años la industria cinematográfica de Hollywood, en su lado más épico, decidió recordar aquel desastre (o aquella heroicidad, según el punto de vista de cada cual) con una película. Ocurrió en 1960 y resultó ser un “espectáculo cinematográfico verdaderamente memorable, capaz de acumular siete nominaciones al Óscar”. Se tituló por supuesto *El Álamo* y fuimos muchos los que lo pudimos presenciar en el viejo patio de butacas del colegio de los Salesianos un domingo por la tarde. Otros seguro que lo presenciaron en el Cervantes o en el Castilla. Ya saben lo que se decía por aquellos años en cuanto a diversión en Béjar: “La elección es bien sencilla: o al Cervantes o al Castilla”. Del cine Castilla sólo queda el solar y un alzado en ruinas de su fachada, donde todavía se lee el nombre. Antes había sido la Casa del Pueblo. Y antes, el Teatro Variedades. Para los más jóvenes, digamos que está en la confluencia de las calles Parrillas y Olleros.

Ya dijimos antes que entre los asediados de El Álamo estaba un tal Davy Crocket. Hubo una serie de televisión cuando yo era niño, en blanco y negro, por supuesto, que se titulaba *Daniel Boone*, que no era otra cosa que una recreación de aventuras y más aventuras sin fin de Davy Crocket, cuya presencia cinematográfica no tenía parangón: llevaba un gorro de castor, cola incluida, y la chaqueta y el rifle se adornaban con mil flecos que bailaban en cada movimiento. Parecía un hippy. A John Wayne le iba que ni pintado el personaje histórico, un aventurero de buena fortuna y un carisma legendario, así que decidió encarnarlo en el cine.



John Wayne como Davy Crockett.

En realidad no sólo decidió encarnarlo, también decidió producir y dirigir la película. Actor, productor y director. Yo me lo guiso, yo me lo como. No tiene nada de extraño: durante la década anterior Wayne se había significado mucho en Hollywood en sus posturas ultraconservadoras y nacionalistas, así que un tema como el del sacrificio heroico de El Álamo se convertía cinematográficamente en una exaltación de los valores norteamericanos y todo eso que hacen los patriotas. En fin. En todo caso, la película es entretenida y está bien hecha, fue candidata aquel año al Óscar a la mejor película, que no consiguió. Y lleva en su banda sonora una canción que se ha hecho inmortal, *Las hojas verdes del verano*.



Cartel de la película El Álamo.

¿Y qué tiene que ver todo esto último con Béjar? Paciencia. Decíamos que la película narra la aniquilación de los dos centenares de anglosajones que se encerraron en El Álamo y le dijeron a Santa Anna “ven a por nosotros”. Otros fueron más cobardes, o más sensatos, y se largaron de allí. Lo cierto es que la película dura un montón, dos horas y media. Y dos horas y media pegando cañonazos y degollando voluntarios hubiera sido más largo que lo que duró el asalto real, un plisplás, así que el guionista merodeó mucho rato, casi dos horas, en preámbulos: fue presentando la situación histórica, siguió un poco a cada personaje para darles relieve, va y viene la acción de acá para allá con que si vienen los refuerzos o no, y hasta dio tiempo a que Davy Crocket, o sea, John Wayne, tuviera un romance con una bella joven hispana, a la que en un ataque de amor obliga a largarse de El Álamo, presumiendo la que se va a liar.



John Wayne, Richard Widmark y Lorraine Harvey en una escena de la película.

Y ahí, en las secuencias de los lances de amor, es donde de repente resulta que el espectador se encuentra con que John Wayne, o Davy Crockett, igual me da, estaba en Béjar. Primero lo dice, se le oye decir no sé qué de Béjar, y si no te sabes la historia piensas que los dobladores al castellano se han vuelto tarumbas, o bien son bejaranos y han hecho un guiño a los paisanos. Pero luego vienen unos actores secundarios y al cachazudo de John Wayne (qué andares tenía este hombre, únicos, medio que se iba a caer para un lado o para el otro) le presentan al “alcalde de Béjar”, un viejecito simpático. Ahí ya no hay duda: o los dobladores bejaranos se están pasando o aquí pasa algo. Total, que de boca en boca el nombre de Béjar se repite media docena de veces, hasta que en el minuto 39 de la película ya no hay duda. En esa secuencia mantienen una entretenida conversación bajo un porche de adobe y postes de madera el valiente de John Wayne y su bella dama y entre ellos, en el murete que hace de fondo a la escena, bien visible lo pone: “BEXAR”, con mayúsculas. O sea, Béjar, que así se escribía antes. En Méjico se escribe así hasta nuestros días. Cuando se independizó de España, estaba tan cabreada que para llevarle la contraria a la Real Academia Española se empeñó en

conservar la equis donde nosotros ya poníamos la jota, por eso se llama México y no Méjico. Por eso se llama Texas y no Tejas. Y por eso se llama Bexar y no Béjar. Curiosidades de la historia. Pero en la película dicen claramente “Béjar”, con jota, que conste.

Después, como ya dije, la damisela salió pitando y Davy Crocket fue a encerrarse al convento franciscano de El Álamo, a tiro de piedra de Bexar. Más o menos, como entre El Regajo y La Corredera. Acto seguido llegó el general Santa Anna y todo acabó como acabó. Y así fue como ocurrió la vez que John Wayne estuvo en Béjar. Y palmó.

Hoy El Álamo está en medio de una enorme ciudad que se llama San Antonio, que es la capital de una provincia del estado de Texas que lleva el nombre de “Condado de Béjar”.

Colección Alquitara Minor, 1



Alquitara Ediciones
c/ Gerona, 10
37700 Béjar
<http://alquitaraediciones.wordpress.com>
alquitaraediciones@yahoo.es

1.ª edición, mayo 2012

Editado bajo licencia Creative Commons

